

APROXIMACIÓN A LA ACTIVIDAD TRADUCTORA EN EL AL-ÁNDALUS DE LOS SIGLOS XII Y XIII

MIGUEL TOLOSA IGUALADA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Desde tiempos inmemoriales, el ser humano, en tanto que animal racional, ha sentido la necesidad vital de comunicarse con sus semejantes, de establecer relaciones de todo tipo, de expresar sus emociones, sus anhelos, sus preocupaciones... En este sentido, la lengua que cada persona hablaba cobró, ya en tiempos antediluvianos, una importancia capital. No es, por tanto, descabellado considerar a la lengua como el instrumento de comunicación, probablemente, más potente y efectivo de todos los que el ser humano conoce y está en condiciones de utilizar. Y si la lengua es tan importante para que la comunicación y el entendimiento entre los habitantes de una misma región o de un mismo país sea posible, ésta cobra todavía mayor relevancia cuando se trata de países distintos que no comparten ni lengua ni costumbres. De todos es sabido que uno de los factores determinantes para la adquisición de conocimientos es la interacción cultural. Si durante siete siglos (711-1492) no hubiéramos recibido la influencia árabe que, por aquel entonces –no lo olvidemos–, era el pueblo más avanzado a nivel mundial en la mayoría de ámbitos, ¿en qué estado de desarrollo cultural y tecnológico nos encontraríamos en nuestros días? Ahora bien, siendo esto así, ¿cómo pudo la Península Ibérica adquirir todo el conjunto de saberes que estaban escritos en una lengua tan exótica y lejana, tanto metalingüística como culturalmente, como era el árabe? Sin duda, porque existieron una serie de personajes que realizaron una inestimable labor, con frecuencia poco reconocida, que determinó el crecimiento cultural de todo un pueblo. Estamos aludiendo a los traductores medievales, que fueron mediadores de lenguas y culturas. Fueron ellos, precisamente, los que se encargaron de acercar, mediante su trabajo, Oriente a Occidente. Pero, ¿quiénes eran aquellos dragomanes? ¿Dónde trabajaron? ¿Recibieron algún auspicio? ¿Qué tradujeron? ¿Qué herramientas utilizaron? ¿Qué óbices traductológicos hubieron de superar?

Sin duda, todas estas cuestiones tendrían respuestas bien distintas, dependiendo del momento histórico –siempre dentro de los siete siglos de influencia árabe– que analizáramos. Podíamos haber estudiado, por ejemplo, la actividad de la Córdoba califal del siglo X, momento en el que esta ciudad andaluza alcanzó su mayor esplendor cultural, comparable al Bagdad de la *Bayt al-Hikma* o *Casa de la Sabiduría*, fundada por al-Mamún en el siglo VIII. Sin embargo, nuestra investigación se centra en el Toledo de los siglos XII y XIII, por la gran importancia que estas dos centurias tuvieron en el devenir posterior de la lengua española y en el desarrollo de una actividad, que empieza en la noche de los tiempos y que llega hasta nuestros días, como es la traducción.

En 1085, pues, Alfonso VI recuperó la ciudad de Toledo, conquistada unos tres siglos antes por los musulmanes, para los cristianos. En ese preciso instante empezó el esplendor de una ciudad que se consolidó en los siglos XII y XIII. No en vano, el hecho de que Toledo fuera, durante estos dos siglos, uno de los focos culturales –sobre todo en el ámbito científico– más importantes de la Europa medieval –sin olvidar la relevancia de ciudades como París para el desarrollo de la teología, Bolonia para las leyes y Salerno para la medicina– no es fruto de la casualidad. Toledo desempeñaba el papel de “pasarela” por la que los conocimientos y la cultura de Oriente transitaban hasta llegar a Occidente. La ingente empresa traductora de estos dos siglos responde, a todas luces, a una avidez de conocimientos que sólo era posible adquirir en una España en la que la lengua científico-filosófica era el árabe.

La eficacia y la perfección con las que en Toledo se pudieron llevar a cabo las tareas traductoras hubieran sido, de todo punto, inconcebibles si no hubiesen confluído una serie de circunstancias bien concretas de tipo tanto humano como técnico. Debemos tener en cuenta, por ejemplo, que en el Toledo de los siglos XII y XIII convivieron, en una armonía más que destacable, árabes, judíos y cristianos. La interacción entre estos tres pueblos tuvo, en el campo de la traducción, una importancia capital, puesto que, con mucha frecuencia, los doctos de cada una de estas tres culturas trabajaban conjuntamente en la traducción de las diferentes obras. Además, no

hemos de pensar únicamente en traductores, sino también en bibliotecas, talleres de producción de libros, comercio de los mismos, etc.

Fue, justamente, en el Toledo de estos siglos en donde nació lo que, tradicionalmente, se ha venido llamando *Escuela de Traductores de Toledo*. Empero, resulta, cuando menos, paradójico pensar que un error, precisamente, de traducción despistara durante varios lustros a los investigadores que estudiaban esa pretendida *Escuela de Traductores*. Lo cierto es que en 1819, Amable Jourdain habla, por primera vez, de un *Collège de Traducteurs à Tolède*. Dicha expresión se tradujo al pie de la letra y ello tuvo como consecuencia el error en la comprensión del concepto originario francés. Si bien es cierto que el término *collège* se puede traducir en español por *colegio* y, de manera un tanto más forzada, por *escuela*, no es menos cierto, a nuestro entender, que el concepto contenido en la expresión de Jourdain se aproxima, más bien, a la idea a la que igualmente nos remite la voz latina *collegium* que pertenece a la familia de *colligere* y que significa *reunir, agrupar*. Consideramos, pues, que el término escuela no le permite al potencial cognitivo del hispanohablante pensar en un grupo de eruditos que pusieron su sapiencia al servicio, en un primer momento, de la Iglesia (siglo XII) y, posteriormente, del Rey (siglo XIII). Tampoco pretendemos dejar caer en saco roto un dato fundamental: desde hace varios años, se sabe que nunca existió un centro o institución que se dedicara a traducir o a enseñar la disciplina de la traducción. ÁNGEL SÁENZ-BADILLOS (1996: 65) afirma que:

Frente a la denominación tradicional de Escuela de traductores, que se ha venido repitiendo durante muchos años, hoy predomina entre los investigadores la tendencia a abandonar el empleo de ese término, que sin duda podría ofrecer un falso reflejo de la realidad. Evidentemente, nunca existió una "escuela" en sentido propio: no hubo un edificio o establecimiento público en el que se impartiera una instrucción, no hubo maestros que enseñaran la teoría o la práctica de este saber a unos discípulos concretos [...]. Está claro, en consecuencia, que el nombre consagrado de Escuela de Traductores de Toledo no debería entenderse en un sentido demasiado literal o físico, y que quizá fuera mejor no continuar empleándolo.

Por otra parte, desde siempre, se ha tendido a estudiar conjuntamente –sin duda, por el afán de llevar a cabo una investigación pormenorizada y sistemática– dos períodos de la historia de la traducción (siglos XII y XIII) que deberían abordarse, en nuestra opinión, de modo separado, puesto que las diferencias entre ambos constituyen un hecho palmario. Ambos períodos, como acabamos de ver, son conocidos con el nombre de *Escuela de Traductores*. No pensamos que sea pertinente tratar estos dos momentos como uno sólo, toda vez que los objetivos perseguidos por la traducción en cada uno de estos dos siglos distan mucho de seguir una misma línea de actuación. En este sentido, nos adherimos a la opinión de CLARA FOZ (2000:146) que comenta:

El alcance político que Alfonso dio a «su» empresa, al separarse de los trabajos realizados en el siglo precedente, apenas ha tenido eco en la historiografía propia del dominio (a tal punto que los trabajos alfonsíes se han considerado durante mucho tiempo como la prolongación "natural" de los trabajos latinos, cuando la ruptura entre ambos es evidente).

Así pues, a lo largo de la historia de la traducción, se ha venido destacando la figura de un clérigo cluniacense que, al parecer, fomentó la actividad traductora en el Toledo del siglo XII. Aludimos al arzobispo Raimundo de Sauvetat, personaje que siempre se ha visto envuelto de un halo de misterio y del que, en realidad, se conocen pocos datos. Se sabe que era originario de Gascuña y que sirvió a la Iglesia de Toledo durante los años que van desde 1125 hasta 1152, año en que fallece.

Aunque los estudios llevados a cabo hasta la fecha indican que el arzobispo patrocinó la actividad de algunos traductores en nombre y beneficio de la Iglesia, son pocas las menciones directas que se hacen de este personaje en los prólogos de las traducciones, si exceptuamos la obra conocida con el título de *De differentia spiritus et animae*.

En cualquier caso, independientemente del grado de intervención que el arzobispo pudiera haber tenido en el mencionado mecenazgo, lo que queda fuera de toda duda es que la intención que motivó la traducción en el siglo XII, nada tiene que ver con la que se observa en el siglo XIII. Durante el XII, se traducen al latín las obras que constituyen una parte capital del acervo árabe. Pero, ¿quién podía leer obras escritas en latín, en un siglo en el que la gran mayoría de la

población era iletrada? Obviamente, sólo un reducido grupo de eruditos vinculados, de una u otra forma, a la Iglesia estaba en condiciones de acceder a los preciados saberes orientales. La traducción apenas salía de los angostos círculos monásticos y clericales. Con ello, ésta adoptaba un carácter eminentemente elitista. No debemos, pues, desdeñar un hecho de suma importancia que atañe directamente a los objetivos perseguidos por la Iglesia: se traducía el saber árabe, pero lejos de ser la traducción un acto de comunicación neutro, se buscaba –con ella– desvirtuar los principios sobre los que se asentaba una religión, la practicada por los árabes de la época, que nada tenía que ver con los preceptos abogados por el cristianismo. Prueba de tal alegato contrario a las creencias preconizadas por el Islam es la traducción del Corán que, en 1143, encarga Pedro el Venerable, abad de Cluny, a los traductores Hermán de Carintia, Roberto de Chester, Pedro de Toledo y un mozárabe que respondía al nombre de Muhammad. En el prólogo de dicha traducción, el abad de Cluny comenta (LE GOFF 1985:20):

He ido pues a encontrarme con especialistas de la lengua árabe, la que me ha permitido que este veneno mortal infestara a más de la mitad del globo. Les he persuadido, a fuerza de oraciones y de dinero, de que tradujeran del árabe al latín la historia y la doctrina de ese desgraciado, así como su ley, que llaman Corán.

Ahora que ya conocemos una de las razones fundamentales que indujo a los sabios del siglo XII a traducir, cabría preguntarnos cuál fue el *modus operandi* que aquellos trujamanes siguieron a la hora de realizar su trabajo. En este sentido, los traductores del siglo XII constituían un grupo heterogéneo de eruditos que, sin ser expertos en lenguas, eran capaces de traducir del árabe al latín o, dicho de otro modo, de la lengua en la que estaban escritas todas las obras científicas y filosóficas greco-árabes, de las que la cultura occidental carecía, a la lengua en la que el clero se comunicaba. Esto era factible gracias al trabajo en pareja, método también conocido con el nombre de «traducción a cuatro manos» (DAVID ROMANO 1996: 35), «versión oral intermedia» (GARCÍA YEBRA 1983: 91) o «traduction à deux interprètes» (MARIE THÉRÈSE D'ALVERNY 1986:193). La hipótesis de «traducción a cuatro manos» se asienta en la convicción de que los doctos del siglo XII no conocían suficientemente el árabe y, por ende, se veían abocados a contar con la ayuda de un colaborador que solía ser un judío, un mozárabe o un musulmán. De los dos traductores, el arabista realizaba una versión oral en romance –era la lengua que ambos traductores conocían– del texto árabe y el latinista se encargaba de escribir dicha información en latín. Hasta la época alfonsí, no se tiene constancia alguna de que el texto en romance se pusiera por escrito. Existen una serie de documentos que apoyan la tesis de la «versión oral intermedia»: en la dedicatoria de la traducción del *De anima* realizada por el judío Avendehut y por el arcediano Dominicus Gundisalvi, el primero afirma (ANGEL SÁENZ-BADILLOS 1996: 66):

Habes ergo librum, vobis praecipiente, et me singula verba vulgariter proferente et Dominico archidiacono singula in latinum convertente, ex arabico translatum.

Aquí tenéis este libro traducido del árabe por mandato vuestro; yo iba diciendo cada una de las palabras en lengua vernácula, y el arcediano Dominicus las ponía en lengua latina.

Se conocen varias parejas de traductores que trabajaron conjuntamente con bastante asiduidad. Sabemos, por ejemplo, que además de Avendehut y Dominicus Gundisalvi, Gerardo de Cremona, el más prolífico de los traductores del siglo XII con más de ochenta obras traducidas, llevó a cabo la traducción del *Almagesto* con la ayuda de un mozárabe llamado Gâlib y que el inglés Miguel Scot tradujo con la colaboración del judío Abuteus Levita el *De Motibus Celorum*.

Sin embargo, por sorprendente que pueda parecer, esta manera de traducir no constituye, en modo alguno, una novedad. De hecho, ya en el siglo IV de nuestra era, San Jerónimo confesaba haber traducido el *Antiguo Testamento* del hebreo al latín con la ayuda de un erudito judío, como indica CLARA FOZ (2000: 87):

Es una forma de proceder que se puede advertir a lo largo de toda la historia de la traducción. San Jerónimo, por ejemplo, la utilizó para traducir el Antiguo Testamento del hebreo al latín: recurrió a un rabino que le dictaba en griego, luego él transcribía al latín.

Así pues, en el siglo XII se traduce, del árabe al latín pasando por el castellano antiguo, por y para el estamento eclesiástico y siempre persiguiendo una intención apologética. Los traductores no forman un grupo compacto o gremio de especialistas en lenguas y ámbitos técnicos, como

podían ser las obras de astronomía, sino que se trataba de una serie de hombres cultos, normalmente ligados a la Iglesia, que pusieron su competencia intelectual a disposición de ésta última.

El supuesto patrocinio de la actividad traductora por parte del arzobispo Raimundo duró 27 años (1125-1152). Sin embargo, el mecenazgo de la Iglesia no finalizó con la muerte del arzobispo francés, sino que se alargó durante unos cien años más (hasta 1252).

El período que abarca los años que van desde 1252 hasta 1284 (siglo XIII) y que coinciden con el reinado de Alfonso X el Sabio, suponen una clara ruptura con las tendencias observadas en el siglo XII, por lo que a la traducción se refiere. El hecho de que Alfonso X sea conocido como *el padre de la prosa castellana* no es fruto de la casualidad. Este sobrenombre responde perfectamente al ingente esfuerzo que el Rey Sabio realizó para conseguir el florecimiento y el desarrollo de una lengua vernácula. Tras varios siglos de hegemonía árabe en la Península, cuando Alfonso X llegó al poder, intentó, por todos los medios, sentar las bases necesarias para crear una nación homogénea y compacta. Ello pasaba, entre otros muchos factores, por recuperar y afirmar la identidad de un pueblo que había vivido sometido a los designios de la cultura dominante, por unificar los diferentes reinos de España en uno solo, por dotar al país de una cultura y, ¿cómo no?, por ofrecer la posibilidad a la sociedad de expresarse mediante una lengua común que fuera inteligible tanto para los eruditos como para el vulgo. De ahí que fomentara la traducción de las obras árabes –que seguían conteniendo los saberes que a los occidentales les resultaban todavía ignotos– al romance y ya no al latín. Ahora bien, el objetivo de dichas traducciones ya no perseguía fines apologéticos, ya no pretendía desvirtuar creencias religiosas como se había hecho en el siglo precedente. Las obras traducidas ya no iban dirigidas a un grupo hermético y concreto de eruditos que sabían latín: al traducir del árabe directamente al romance, los conocimientos ya no sólo se encontraban al alcance de unos pocos, pues, si bien es verdad que el pueblo no docto todavía no sabía ni leer ni escribir, no es menos cierto que aquél era capaz de entender el romance y de utilizarlo como lengua de comunicación cotidiana.

En 1251, siendo todavía infante, Alfonso X encarga su primera traducción del árabe al romance: una colección de cuentos indios que databan del siglo IV y que fueron traducidos en el siglo VIII al árabe. La obra a la que hacemos alusión se titula *Kalila wa-Dimna*, que se tradujo al romance como *Libro de Calila y Dimna*. Pero ésta no fue, ni mucho menos, la única obra que patrocinara el Rey. De hecho, se suelen distinguir tres períodos dentro del mecenazgo del rey Alfonso X: el primer momento iría desde el año de su coronación, 1252, hasta 1260. Durante estos ocho años, el taller alfonsí se dedicó a realizar traducciones del árabe al romance. A lo largo del segundo momento (desde 1260 hasta 1270), la actividad del grupo disminuyó porque el Rey se vio obligado a abandonar provisionalmente su papel de coordinador del grupo, pues hubo de responder a sus obligaciones políticas en tanto que soberano. Finalmente, durante el tercer período (1270-1284), se siguió traduciendo pero en menor medida. Este momento se caracterizó, más bien, por las numerosas adaptaciones y retraducciones –traducciones anteriores revisadas y corregidas– que se llevaron a cabo. Un ejemplo de esto vendría dado por la retraducción que se hizo del *Libro de la açafeha* en 1277, cuya primera versión databa de 1256. En esta última etapa, también se tradujeron las obras, que anteriormente se habían vertido al romance, a otras lenguas como por ejemplo el francés.

Alfonso X el Sabio es conocido por haber reunido en torno de sí a una serie de traductores, en su mayoría judíos, que constituían un grupo homogéneo de expertos en lenguas. El método seguido por aquellos sabios a la hora de traducir seguía siendo la «traducción a cuatro manos», aunque la función del latinista se modificó ostensiblemente. De este modo, el arabista, al igual que había hecho durante el siglo XII y parte del XIII, vertía el texto del árabe al romance, pero ahora el latinista ya no se encargaba de traducir la versión romance al latín, sino que su trabajo consistía en naturalizar la versión romance que el arabista había llevado a cabo. En este sentido, el latinista – más que traductor– se aproximaba a lo que hoy denominaríamos corrector de estilo. La decisión del Rey Sabio de traducir del árabe al romance fue determinante para que la *lingua populi* cobrara firmeza y pudiera convertirse en el coíné de los habitantes de la Península Ibérica.

En otro orden de cosas, es sabido que dentro del grupo de traductores dirigido por el soberano castellano, cada miembro tenía asignada una función específica. De ahí que el gremio alfonsí, allende del latinista y del arabista, contara con otras figuras, hasta entonces desconocidas, como eran las del ayuntador, el enmendador, el copista, el glosador, el capitulador o el lector. A diferencia del siglo anterior, el Rey no trabajaba con cualquier erudito, sino que escogía a sus traductores en función de las aptitudes lingüísticas y culturales, que previamente habían demostrado. El Soberano quería ordenar y recopilar los conocimientos greco-árabes que se encontraban un tanto dispersos con el fin de dotar a España de unos ámbitos culturales que, por aquel entonces, todavía no poseía. Para ello, el Rey no fue únicamente el coordinador de los grupos de trabajo que se pusieron a sus órdenes, sino que él, personalmente, se encargaba de seleccionar las obras (en su mayoría, de astronomía, astrología y matemáticas) que se iban a traducir y, una vez traducidas, las revisaba y, llegado el caso, corregía su estilo. El hecho de que dentro del taller alfonsí existiera un sentido de la coordinación y de la organización tan marcado comportó, de alguna manera, la «profesionalización» de la actividad traductora. En el círculo de traductores que ayudaron a consolidar la empresa alfonsí destacan algunas figuras como: Judá ben Mosé Alcohen, Ishaq ben Sayyid, Samuel ha-Leví, Juan de Mesina, Bernaldo el Arábigo, Álvaro de Oviedo, entre otros.

Por otra parte, el estatus de los traductores en el siglo XII nada o, muy poco, tenía que ver con el de los del siglo XIII. De hecho, CLARA FOZ (2000: 63) comenta que Hermán de Carintia, en su traducción del árabe al latín del *Planisferio* de Ptolomeo, mostraba su desencanto ante la situación en la que vivían los traductores:

Hermann declara haber tenido la tentación, ante la indiferencia de la sociedad local, de abandonar su pesada tarea para dedicarse a actividades más corrientes, más lucrativas y que obtengan un mayor reconocimiento.

En el siglo XIII, con la intervención de Alfonso X en la traducción, a los traductores se les reconoció su condición de profesionales de la lengua. Ahora bien, no queda demasiado claro si el hecho de reconocer su estatus, comportó una mejora por lo que a sus plausibles beneficios adicionales se refiere.

Ahora que ya sabemos, a grandes rasgos, quiénes fueron aquellos traductores, dónde se ubicó su lugar de trabajo, quién los patrocinó y qué tradujeron, cabría plantearse cuáles fueron las herramientas que utilizaron para realizar su labor. En este sentido, cuando pensamos cómo se llevan a cabo las traducciones en nuestros días, raras veces apreciamos las numerosas herramientas con las que contamos: diccionarios electrónicos (tanto generales como técnicos), ingentes bases de datos, *internet*, programas de traducción asistida, memorias de traducción, documentos en formato electrónico, por mencionar sólo algunas... pero, ¿con qué herramientas traducían nuestros homólogos de los siglos XII y XIII? A decir verdad, con muy pocas y este hecho trajo consigo la aparición de muchos e importantes problemas de traducción. Para empezar, aquellos dragomanes medievales no contaban con diccionarios, pero aunque hubieran dispuesto de ellos ¿qué sentido o utilidad hubieran tenido, si tenemos en cuenta que las obras que se tradujeron del árabe contenían conceptos y referentes totalmente desconocidos para los habitantes de la Península Ibérica? No podían existir diccionarios árabe-romance, por ejemplo, que contuvieran términos médicos o astronómicos, porque esos términos pasaron a formar parte de la lengua autóctona desde el momento en que las traducciones se hubieron realizado y no antes. En esta misma línea, se planteó otro óbice traductológico: ¿cómo traducir esos términos árabes, que aun no tenían un equivalente en la lengua de la Península y que, además, como hemos dicho, trataban ámbitos tan específicos como astronomía, matemáticas, medicina, filosofía? Los eruditos medievales se vieron obligados, no sólo a ejercer funciones de traductor, ayuntador, enmendador, glosador, etc, sino que tuvieron que desempeñar un papel de terminólogo. Así pues, cuando se topaban con un término que todavía no tenía una traducción asignada en latín o en romance, solían actuar de dos maneras: o bien transliteraban el término árabe con caracteres latinos –hecho que, en un primer momento, hizo que se tuvieran que incluir en la traducción glosas explicativas para definir aquel neologismo–, o bien ampliaban el significado y el campo referencial de un término que ya existía en latín o en romance. En cualquier caso, tanto si se optó por la transliteración como por

la ampliación semántica, fue el propio uso de la lengua el que hizo que esos términos hayan o no llegado hasta nuestros días. No obstante, el obstáculo terminológico no fue, en absoluto, el único que tuvieron que afrontar. No en vano, en muchas ocasiones, tuvieron a su disposición varias versiones originales de una misma obra, hecho que *–a priori–* podría parecer muy positivo para el traductor, pues podría utilizar la que más cómoda le resultara de traducir. Lo cierto es que, a pesar de tratarse de un mismo documento, las diferencias tanto formales como de contenido eran continuas. No olvidemos que muchas de aquellas obras que nosotros habíamos heredado del acervo árabe, ya eran traducciones *–realizadas algunos siglos antes–* de obras cuya lengua original podía ser el griego, el persa, el copto o el sánscrito. Además, con frecuencia los manuscritos estaban repletos de omisiones, digresiones, añadidos e incoherencias en la uniformidad de la redacción que dificultaban sobremanera su inteligibilidad. Por añadidura, tampoco debemos obviar otra traba de la que, a buen seguro, los traductores tuvieron que zafarse: las diferencias culturales existentes entre Oriente y Occidente que, a buen seguro, hubieron de tener su reflejo en las obras que constituyeron el objeto de su trabajo.

Concluiremos esta breve exposición recordando a MARCEL PROUST (1915: 21). Decía el escritor francés: «*Tout comme l'avenir, ce n'est pas tout à la fois, mais grain par grain qu'on goûte le passé*¹». Esta bella cita ilustra perfectamente el espíritu de este trabajo, pues, si se nos permite la metáfora (parafraseamos a Proust), con la elaboración del mismo hemos tratado de reconstruir– “saboreando los granos que las circunstancias históricas nos ofrecían”– lo que pudo ser y representar la actividad traductora de los siglos XII y XIII y la incidencia que aquellos primitivos actos traslaticios tuvieron para el devenir histórico y lingüístico de las gentes que moraron en la España de la Baja Edad Media.

¹ *El pasado, del mismo modo que el futuro, se saborea grano a grano y no de una sola vez.*

Referencias bibliográficas

- ARANZABE, IMELDA, "Textos romances e interpretación", en *Actas del Primer Congreso Nacional de Latín Medieval*, León, Universidad de León, 1995.
- AZNAR, FERNANDO, *España medieval: musulmanes, judíos y cristianos*, Madrid, Anaya, 1990.
- D'ALVERNY, MARIE-THÉRÈSE, «Les traductions à deux interprètes : d'arabe en langue vernaculaire et de langue vernaculaire en latin», *Traductions et Traducteurs au Moyen Âge*, Paris, Éditions du CNRS, 1989, 193-208.
- FOZ, CLARA, *El traductor, la Iglesia y el Rey: La traducción en España en los siglos XII y XIII*, Madrid, Ediciones Gedisa, 2000.
- GARCÍA YEBRA, VALENTÍN, *Traducción: historia y teoría*, Madrid, Gredos, 1994.
- GARCÍA YEBRA, VALENTÍN, *Historia y teoría de la Traducción*, Madrid, Gredos, 1983.
- GONZÁLVIZ RUIZ, RAMÓN, "El traductor Hermann el Alemán", *La Escuela de Traductores de Toledo*, Madrid, Cromograf, Artes gráficas, S.A, 1996, 65-70
- JACQUART, DANIELLE «Remarques préliminaires à une étude comparée des traductions médicales de Gérard de Crémone» en *Traductions et Traducteurs au Moyen Âge*, Paris, Éditions du CNRS, 1989.
- JOURDAIN, AMABLE, *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote et sur des commentaires grecs ou arabes employés par les docteurs scolastiques*, Nueva York, Burt Franklin, 1960 (versión ampliada por Charles Jourdain).
- LE GOFF, JACQUES, *Les intellectuels au Moyen Âge*, Paris, seuil, 1985.
- PROUST, MARCEL, *À la recherche du temps perdu*, París, la Fugitive-Gallimard, 1915.
- RECIO, ROXANA, *La traducción en España (ss. XIV-XVI)*, León, Universidad de León, 1994.
- ROMANO, DAVID, "Los hispanojudíos en la traducción y redacción de las obras científicas alfonsíes", *La Escuela de Traductores de Toledo*, Madrid, Cromograf, Artes gráficas, S.A, 1996.
- RUSSELL, PAUL, *Traducciones y traductores en la Península Ibérica (1400-1550)*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, Escuela Universitaria de Traductores e Intérpretes, 1985.
- SÁENZ-BADILLOS, ÁNGEL, "Participación de judíos en las traducciones de Toledo", *La Escuela de Traductores de Toledo*, Madrid, Cromograf, Artes gráficas, S.A, 1996, 65-70
- SANTOYO, JULIO CÉSAR, *Teoría y crítica de la traducción. Antología*, Bellaterra, Publicaciones de Universidad autónoma de Barcelona, 1985.
- VAN HOOF, HENRI, *Petite histoire de la traduction en Occident*, Louvain-la-Neuve, Peeters, 1986.
- VERNET, ANDRE, «Les traductions latines d'œuvres en langues vernaculaires au Moyen Âge» en *Traductions et Traducteurs au Moyen Âge*, Paris, Éditions du CNRS, 1989, 225-242.